

*Al final de un camino.
El mundo fronterizo en Chile en tiempos
de Balmaceda (1860-1900)**

Jorge PINTO RODRÍGUEZ
Universidad de la Frontera
Temuco (Chile)

Al sur de Santiago, Chile desenreda sus montañas en una extensa planicie que cruza casi 500 kilómetros. Más allá del Bío Bío, el río que durante la Colonia sirvió de frontera entre el territorio sometido a las autoridades españolas y el que quedó en poder de los indígenas, se asoman algunos accidentes que rompen la monotonía del valle central. Son suaves lomajes que se estrellan en la costa con la cordillera de Nahuelbuta, pintorescas montañas que en el pasado se llenaron de verdor. Los ríos vuelven a correr encajonados, entorpeciendo el paso de los hombres y aislando la tierra. Los mapuche lo sabían muy bien: vigilantes en los vadeos o al acecho en las paredes que forman los ríos, esperaban seguros el paso del intruso cuando éste se mostraba amenazante. Por la mitad del valle, el Malleco cruza casi sumergido. Atravesarlo obligaba a bajar al lecho y a subir enseguida una abrupta pared que desmoraliza a cualquiera. Cuando se fundó la ciudad de Angol, en 1862, y se pensó luego en el ferrocarril como un medio para asegurar la incorporación de esas tierras a Chile, los ingenieros soñaron con un puente. Volar sobre sus aguas era la única forma de salvar el obstáculo. Eso se propuso el presidente José Manuel Balmaceda, casi al finalizar el siglo pasado.

Pudo hacerlo porque tuvo recursos y porque Chile resolvió, tempranamente, el problema de la organización nacional. Los grupos dirigentes

* Este trabajo corresponde a una versión corregida del artículo «Morir en la Frontera, la Araucanía en tiempos de Balmaceda» que se publicó en el libro *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*, Luis Ortega (editor), Universidad de Santiago, Santiago, 1993.

limaron sus asperezas y el país alcanzó una institucionalidad poco frecuente en América Latina. Dos intentos revolucionarios, en 1851 y 1859, no alcanzaron a empañar una estabilidad casi ejemplar. Unos historiadores han mirado con admiración esa etapa; otros con nostalgia. El orden político estuvo acompañado de un éxito económico sin parangón y los triunfos militares conseguidos ante Perú y Bolivia llenan de orgullo a no pocos chilenos que aprenden de esos historiadores.

Sin embargo, subterráneamente transcurría otra historia. La agricultura seguía siendo tradicional y la minería no incorporaba nueva tecnología. Los inversionistas extranjeros se adueñaban poco a poco de nuestras riquezas y los triunfos en la Guerra del Pacífico sólo facilitaron el traspaso de las tierras invadidas a los capitales ingleses. Por esos mismos años miles de trabajadores chilenos huían al Perú, Bolivia y Argentina, acosados por la miseria, mientras otros intentaban refugiarse en las nuevas ciudades que crecían vertiginosamente. En el sur, en la vieja frontera, los mapuche también tuvieron que ceder a ese empuje emprendedor que tan poco cambiaba nuestra historia. En ese ambiente surgió la figura mítica de don José Manuel Balmaceda.

Hijo de hacendado, parlamentario y presidente de la República, Balmaceda encarnaba los anhelos de progreso que imperaban en el país, incorporándole un elemento personal: modernizar Chile desde el Estado, colocarlo en la senda del progreso aprovechando los excedentes de una economía próspera que dejaba succulentas utilidades. Los historiadores han dicho que eso hirió intereses locales y extranjeros y que la bala que segó su vida el 19 de septiembre de 1891, en la legación argentina de Santiago, no fue gatillada por él, sino por aquellos que no comprendieron sus sueños y que condujeron al país a ese callejón sin salida que desembocó en la Revolución de 1891.

En este trabajo queremos mirar los hechos desde una zona del país —la Araucanía o vieja frontera mapuche—, incorporada en esa época al territorio nacional mediante la acción del ejército y de ciertos proyectos «modernizadores» que compartió el presidente Balmaceda. Ni el ejército ni los partidarios de aquellos proyectos pensaron mucho en el indígena. Dispuestos a arrasar con todo lo que creían se oponía al progreso, lo condujeron al final de un camino que empezó a recorrer cuando los primeros invasores aparecieron por sus tierras en el siglo xvii. Fue también el final del camino que recorrió el propio Presidente Balmaceda desde que sus ambiciones de progreso cegaran su visión y capacidad política.

La Frontera, Chile, domingo 26 de octubre de 1890.

La madrugada se vino de golpe en la Araucanía. Tan pronto amaneció, la gente vistió sus mejores galas y encaminó sus pasos al poblado de Collipulli. Los trenes corrieron temprano desde Angol, transportando a un público animoso y bullanguero que se apresuraba en llegar al lugar de la cita. Los jinetes apuraban sus caballos y las carretas, manejadas por diestros conductores, sorteaban todas las dificultades del camino para llegar sin retraso al punto de la reunión. Esa mañana, la expectación se pintaba en cada rostro fronterizo.

A las 10.20, en un tren cuidadosamente engalanado, arribó al lugar S.E., el Presidente de la República, don José Manuel Balmaceda, desde la víspera visitante ilustre de la región. El Presidente hizo detener el convoy a 2 kilómetros del sitio escogido. Entre los aplausos y vítores de la gente, recorrió en una hermosa cabalgadura el último tramo. Lo acompañaban sus dos hijas, Julia y Elisa, y un numeroso grupo de colaboradores. En el lugar señalado lo esperaban otros funcionarios de gobierno, las autoridades eclesiásticas de Concepción y los ingenieros que trabajaban en el tendido ferroviario.

El aire matinal sentó bien al Presidente. Las nubes que anunciaban lluvia parecieron no preocuparle; al contrario, se veía animoso y seguro, como en los mejores tiempos, sin reflejar las tensiones que ensombrecían el panorama político del país.

La ceremonia se inició tan pronto llegó el Presidente. Era mediodía. A esa hora, el ingeniero jefe don Eduardo Vigneaux entregaba oficialmente el viaducto del Malleco, una de las obras más espectaculares que emprendiera el país en el siglo XIX. «En breve, dijo el ingeniero, podrá pasar por él la locomotora que llevará a las regiones de Ercilla i de Victoria, el progreso, la civilización i el trabajo»¹.

Balmaceda lucía orgulloso. Sin ocultar su satisfacción, afirmó que la palabra *imposible* ya no tenía sentido; nada podía detener la voluntad del hombre. «La ciencia i la industria modernas, dijo, tienen un poder de creación capaz de someter todos los elementos de la naturaleza». La profundidad del Malleco, barrera que parecía dividir irremediablemente al país, no era sino una prueba más².

Balmaceda recordó la visita que hizo al lugar en 1883 como Ministro

¹ *El Colono* de Angol, n.º 974, 27-10-1890.

² *Id.* Del discurso que pronunció Balmaceda en esa oportunidad existe edición impresa en *Discurso de José Manuel Balmaceda*, tomo III, Recopilación de Rafael Sagredo y Eduardo Devés, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 1992, págs. 223-225.

del Interior y la confianza que tuvo entonces en realizar la obra que estaba inaugurando. Recordó también a los ingenieros Adolfo Flühman y Aurelio Lastarria y reconoció que sus esfuerzos habían sido fundamentales «para derramar los beneficios del trabajo en esta comarca, hasta ayer dominada por la raza más inculta, pero la más viril i la más heorica de la tierra»³.

«Hoi invadimos —dijo el Presidente— el suelo de aquellos bravos, no para incendiar la montaña, ni para hacer cautivos, ni para derramar la sangre de nuestros hermanos, ni para sembrar la desolación i el terror, con el ferrocarril llevamos a la región del sur la población i el capital, i con la iniciativa del gobierno, el templo donde se aprende la moral i se recibe la idea de Dios, la escuela en la cual se enseña la noción de la ciudadanía i el trabajo, i las instituciones regulares a cuya sombra crece la industria»⁴.

Balmaceda se sentía un paladín del progreso. Terminada la ceremonia, la comitiva se trasladó a Victoria, donde un banquete con 150 invitados coronaría la jornada. La lluvia, que empezó a caer copiosamente, no enfrió el ambiente. Aunque Balmaceda no pudo recorrer a pie la población, como lo habría deseado, pronunció un discurso electrizante que arrancó numerosas ovaciones⁵. Don Tomás Albarracín, a cargo de quien estuvo el saludo de bienvenida, se refirió a la obra como uno de los mejores eslabones de una larga cadena que los acercaría al corazón de la República. Así, señaló Albarracín, mejorará nuestra condición agrícola e industrial, traeremos el progreso intelectual y mejorará nuestra vida social. Los mapuche, terminó diciendo, nacidos para la guerra, necesitaban también ser educados⁶.

La prensa de la época dio amplia cobertura a la visita del Presidente. Lejos de las pasiones políticas de la capital, decía un columnista de *El Colono* de Angol, el Presidente ha sido recibido como un verdadero bienhechor y sus actos han correspondido plenamente a lo que se esperaba de él⁷. Aplazada la inauguración del viaducto por una de las tantas crisis ministeriales que debió enfrentar el Ejecutivo, su visita fue una especie de bálsamo en medio de un ambiente sobrecargado de tensiones y oscuros presagios. Dos meses más tarde, de paso por Concepción, Balmaceda tuvo que

³ *Id.*

⁴ *Id.*

⁵ *El Colono* de Angol, n.º 977, 30-10-1890.

⁶ *El Colono* de Angol, n.º 979, 3-11-1890.

⁷ *El Colono* de Angol, n.º 974, 27-10-1890

soportar odiosas contramanifestaciones que durante sus días en la Frontera, a nadie se habría ocurrido exteriorizar⁸. Aquí estuvo como en tierra propia, sin adversarios y con cientos de partidarios que aplaudían su gestión. A poco menos de un año de su muerte y casi al borde del conflicto que se desató al año siguiente, los días que Balmaceda estuvo en la Araucanía fueron inolvidables para él, tal vez los más felices que le quedaban por vivir. Seguro de lo que hacía, convencido de estar concretando sus proyectos y frente a una obra de irreprochable calidad técnica, se daba cuenta de que estaba coronando una etapa decisiva en Chile para llevar, según creían él y sus colaboradores, el progreso a la Araucanía. Balmaceda alcanzó a percibir que la ocupación había concluido.

1. EL ACOSO DEFINITIVO

Hacia 1850 nada hacía presagiar que pronto se producirían profundos cambios en los territorios que estaban al sur del Bío Bío. Concluida la Independencia, las nuevas autoridades no se mostraron muy dispuestas a introducir cambios en su relación con los pobladores del antiguo espacio fronterizo que se había constituido entre Los Ángeles y el norte de la provincia de Valdivia, incluida su población indígena. El país aún no necesitaba sus tierras y ocupados los chilenos en reconocer los vastos territorios que heredaron de la Colonia y asegurar el control en el Pacífico sur, la Araucanía pareció no interesarles. Aunque la experiencia demostraba que la política de las antiguas autoridades había sido absolutamente estéril, se siguió confiando en la gestión de los misioneros y en la suposición de que la educación impartida por éstos, provocaría los cambios que haría posible la incorporación de los mapuche a la vida nacional.

No de otro modo se explica el esfuerzo que hizo el gobierno del general Prieto por reactivar el Colegio de Propaganda Fide de Chillán, a cuyo cargo habían corrido las misiones de la Araucanía en la segunda mitad del siglo XVIII. Cuando en 1832, el gobierno decidió su restablecimiento, no ocultó la confianza depositada en él. Hay en Chile, decía el decreto que lo restableció, sujetos «que más bien parecen brutos que racionales». Son los indios bárbaros que sólo tienen comunicación con individuos de la peor calaña, malvados que huyen de justicia, arrastrando hasta ellos una cadena de vicios. La mejor solución, consideraba el gobierno, consistía en crear

⁸ *El Colono* de Angol, n. 1016, 17-12-1890.

una sociedad filantrópica que se preocupara de civilizarlos por los medios pacíficos que practicaban los frailes del Convento de Chillán⁹.

Un nuevo paso, y muy decisivo, se volvió a dar en 1835, cuando se facultó al fraile argentino Zenón Badía, para contratar en Italia a un grupo de franciscanos que estuviera dispuesto a evangelizar a los infieles en Chile. Fray Badía se trasladó de inmediato a Roma, consiguiendo reunir a doce franciscanos que desembarcaron en Valparaíso en agosto de 1837. A partir de ese momento, de nuevo descansaba en las misiones la responsabilidad de manejar las relaciones de Chile con los mapuche y los pobladores de la Frontera¹⁰.

Doce años más tarde, el gobierno insistió en la misma dirección, promoviendo esta vez la instalación de capuchinos venidos también desde Italia. Encargados de misionar los territorios que estaban al sur del Cautín, asumieron junto a los franciscanos de Chillán, la tarea de evangelizar y educar a los mapuche¹¹. Sin duda, hacia 1850, las autoridades chilenas seguían confiando en los métodos empleados por las viejas autoridades coloniales.

Los primeros síntomas de cambio se notan hacia 1852. El 2 de julio de ese año, el Presidente Montt promulgó, con la firma del ministro Antonio Varas, la ley que creaba la provincia de Arauco, segregando la Araucanía de la antigua provincia de Concepción, a la cual se había anexado en 1826¹². La ley establecía que la nueva provincia comprendería los territorios indígenas situados entre el Bío Bío y el norte de la provincia de Valdivia, los cuales quedarían sujetos a las autoridades y régimen que determinara el Presidente de la República. El artículo tercero otorgaba a éste facultades para dictar las órdenes que juzgara más convenientes para el mejor gobierno de la Frontera y la eficaz protección de los indígenas. Ese mismo artículo se refería a la necesidad de apurar su civilización y a la posibilidad de arreglar con ellos contratos de comercio¹³. La presencia del Estado empezaba a hacerse más notoria; el viejo ciclo de las misiones entraba en una fase que, sin desplazarlas definitivamente, las hacía menos gravitantes.

⁹ Julio ZENTENO BARROS: *Recopilación de leyes i decretos supremos sobre colonización, 1810-1896*. Imprenta Nacional, Santiago, 1896, págs. 211-213.

¹⁰ Documentación respecto de la gestión de los franciscanos italianos se puede consultar en los diferentes volúmenes que se conservan en el Archivo del Colegio de Propaganda Fide de Chillán, Convento de San Francisco, Chillán.

¹¹ Sobre los capuchinos en Chile véase el trabajo de Sergio URIBE: «Las misiones capuchinas en la Araucanía, 1848-1901». En Jorge PINTO y otros: *Misioneros en la Araucanía, 1600-1900*, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1988, págs. 199-232.

¹² Julio ZENTENO BARROS, ob. citada, págs. 55-56.

¹³ *Id.*, págs. 55-56.

Coincide esta época con el interés que se desata en Chile Central por las tierras agrícolas. El fuerte crecimiento de las exportaciones de trigo y harina a California, las potencialidades que se atribuyen a la agricultura y la bonanza general que se observa en la economía, estimulan empresas que desbordan los territorios tradicionales. Chile había logrado, además, ciertas metas (la solución de sus conflictos con el Perú, el control del Pacífico y la consolidación de su minería gracias al aporte de capitales ingleses), lo que unido a la convicción de que el país estaba en condiciones de recibir inmigrantes europeos, alentaba planes expansionistas que abrieran espacios a los hombres que se pensaba vendrían a «mejorar» la raza española de América¹⁴. El escenario nacional estaba cambiando y esos cambios repercutirían en la Frontera.

Los primeros esfuerzos se orientaron a colocar la Araucanía bajo la jurisdicción de la República mediante una política de protección al indígena que promoviese lo que las autoridades llamaban su «civilización». Ese es el fondo de la ley que creó la provincia de Arauco en 1852 y del decreto del 7 de diciembre de ese mismo año, que precisó sus límites, fijó su capital (Los Ángeles) y le concedió la calidad de territorio fronterizo. También es el principio que está presente en el decreto del 14 de mayo del año siguiente, en el cual se establecían las formalidades que se debían respetar en los contratos sobre las propiedades indígenas de Arauco y Negrete. Lo que se buscaba era proteger a los mapuche de los usurpadores de tierras que empezaban a llegar a la zona y poner orden en una región cuya especificidad se definía en términos de «territorio fronterizo»¹⁵.

Sin duda, el Estado irrumpe en la Araucanía como un Estado protector. La gestión de la Iglesia empezaba a ser reemplazada por este Estado proteccionista, que daba los primeros pasos en su esfuerzo por intervenir directamente en la zona. Estos cambios se acelerarían en los años siguientes, más precisamente en los tres últimos de la década del 50, alterando el fondo y la forma de la intervención estatal.

Una economía como la chilena, que se veía sólida y de favorables perspectivas, entró de pronto en una crisis que provocó incertidumbre y preocupación. Su origen y las soluciones para salvarla fueron ampliamente debatidos. Algunos comentaristas privilegiaron los factores coyunturales (malas cosechas, caída de la producción de plata y desaparición de los mer-

¹⁴ Este planteamiento fue expuesto por Félix FRÍAS en un artículo que publicó en 1849 en *El Mercurio* de Valparaíso. Citado por Benjamín VICUÑA MACKENNA en *Bases del Informe presentado al Supremo Gobierno sobre la inmigración extranjera*, Imprenta Nacional, Santiago, 1865, pág. 14.

¹⁵ La legislación citada en la obra de Julio ZENTENO BARROS, (1896) págs. 59 y 112-114.

cados californiano y australiano para el trigo chileno); otros, en cambio, consideraron que la crisis era el resultado de varios años de especulación que terminaron abruptamente con la contracción de las exportaciones en 1857¹⁶.

Respecto de las soluciones también hubo discrepancias. Sin embargo, no deja de llamar la atención que muy pronto empezó a coincidir este debate con otro que se produjo acerca de las tierras de la Araucanía y con la formulación de una especie de fundamentación ideológica de su ocupación. Es más, la vieja Frontera empezó a ser mirada como tierra de promisión, íntimamente ligada a los destinos de Chile.

«El porvenir industrial de Chile —escribía un colaborador de *El Mercurio* de Valparaíso, en 1859— se encuentra, a no dudarlo, en la región del sur, no teniendo acia el norte más que áridos desiertos que un accidente tan casual como el hallazgo de ricos minerales ha logrado hacer célebres, dándoles una importancia que dista mucho de ser imprecadera. Natural es, pues, que las miradas de la previsión se dirijan acia esa parte, la más rica y extensa del territorio chileno»¹⁷.

La posibilidad de conseguir tierras para los cultivos agrícolas, de conectar a Chile con los mercados del Atlántico (Argentina y Brasil) y de obtener los brazos que el país necesitaba para reactivar su economía, hizo que personas que antes no habían tenido ningún interés en la Frontera, empezaran a mirarla con intenciones muy diferentes. Prácticamente, en ese momento se decidió la suerte de la región y de sus pobladores.

La ideología de la ocupación, que se expresó a través de *El Mercurio* de Valparaíso y *El Ferrocarril* de Santiago, no hizo sino encubrir, y muy malamente, los verdaderos intereses que estaban en juego. Apoyada en cuatro argumentos, deja siempre la impresión de que sólo se buscaban tierras, hombres y una salida a la crisis económica.

En primer lugar, se insistió en la necesidad de sentar soberanía en todo el territorio nacional. Desconociendo el carácter fronterizo que le había concedido el gobierno, se exigía extender hasta la zona el brazo de la autoridad, tal como si se tratara de una región similar a las demás. Poniendo énfasis en el riesgo de que una nación extranjera se interesara por ésta, se

¹⁶ Hemos desarrollado más extensamente estos puntos de vista en nuestro artículo «Crisis económica y expansión territorial: la ocupación de la Araucanía en la segunda mitad del siglo XIX». En *Estudios Sociales*, n.º 72, Corporación de Promoción Universitaria, Santiago, 1992, págs. 85-126.

¹⁷ «La Conquista de Arauco», *El Mercurio* de Valparaíso, 24-5-1859.

proponía su ocupación sin dilatar la medida. Así, se haría realidad la soberanía de Chile en todo su territorio y se resolvería el problema de la unidad nacional, tan anhelada durante toda nuestra historia.

En segundo lugar, se recurrió a la idea de que el indígena pertenecía a una especie de raza inferior, a la cual había que tratar sin demasiadas consideraciones. Se describió a los mapuche como una horda de salvajes o fieras, incapaces de someterse al imperio de la civilización. Ocupar la Araucanía era asegurar el triunfo de ésta sobre la barbarie, de la humanidad sobre la bestialidad. Chile se unía a una cruzada universal que el hombre debería agradecer en el futuro.

Los bárbaros acosaban a Chile. Ese fue el tercer argumento. Presentando la historia y los hechos exactamente al revés de como habían ocurrido, los mapuche fueron mostrados como un grupo que ponía en peligro al país. Nos acusan, ultrajan y hieren nuestra dignidad, clamaban las voces que reproducen los órganos en los cuales se expusieron estos argumentos. Intervenir sus tierras, doblegarlos y someterlos al imperio de la ley chilena era deber de todo pueblo que se niega a desaparecer o a someterse a la barbarie. El dilema era Chile o los indígenas.

Por último, se planteó que la ocupación de la Araucanía no podía ser sólo tarea de chilenos. En el país la mano de obra era escasa y no siempre se la consideró adecuada para una empresa que, según opinión de muchos, requería de individuos de temple especial: los inmigrantes europeos. Ese fue el punto de partida de otro de los pilares de la ideología de la ocupación: la convicción de una supuesta superioridad del europeo y de la raza blanca sobre los indígenas y, en no pocos casos, sobre los chilenos en general. Se creía que con sus hábitos de trabajo y costumbres civilizadas, el europeo completaría en la Araucanía el triunfo que se podría alcanzar con las armas.

Los supuestos ideológicos de la ocupación fueron rebatidos en la época. *La Revista Católica*, órgano oficial de la Iglesia, los rechazó abiertamente y algunos estudiantes de la Universidad de Chile que se interesaron en el tema, relativizaron los argumentos que se expusieron en *El Mercurio* y en *El Ferrocarril*. Sin embargo, la idea de que era necesario intervenir en la región por medio del ejército fue ganando fuerza y alcanzando un cierto grado de consenso.

El hecho más sobresaliente que ocurre en los años siguientes es la fundación de Angol en 1862, en plena Araucanía y en el mismo sitio donde los españoles habían fundado en el siglo XVI una de las siete ciudades que abandonaron después del triunfo mapuche de Curalaba. La fundación de Angol demostró que el gobierno estaba decidido a intervenir y que podía

hacerlo a través de una ocupación militar. Con la fuerza y con una clara vocación expansionista, se iniciaba el ciclo que treinta años más tarde estaba concluyendo el presidente Balmaceda aquella mañana de primavera en las cercanías de Collipulli.

La decisión de ocupar la Araucanía dio ocasión a que se elaboraran diversos proyectos. Cornelio Saavedra, militar de larga trayectoria en la zona, propuso la idea de establecer líneas de ocupación que fueran siguiendo el curso de los ríos. A la línea del Malleco debería continuar la Cañete, Purén y Lumaco, para llegar a Cholchol e Imperial y rematar en Villarrica, último bastión mapuche. Saavedra proponía la instalación de fuertes, mediante los cuales se podría lograr que los indígenas fueran formando «parte integrante de la población chilena»¹⁸.

Basilio Urrutia, comandante en jefe del ejército estacionado en Angol, proponía fijar la atención en una línea militar ubicada en el Cautín, con el propósito de dividir a la «raza indígena» en dos porciones, la del norte y la del sur, y obligarla, una vez dividida, a someterse al gobierno.

Riesgosa, en caso de fracasar, por el peligro a que se exponían las fuerzas establecidas en el Cautín, Ambrosio Letelier, sargento mayor de artillería, proponía la configuración de una especie de triángulo estratégico que, partiendo de Angol, se extendiera hasta Lumaco y desde allí a Cholchol y Villarrica, encerrando en un triángulo, los territorios que se querían ocupar.

Los tres proyectos anteriores ofrecían ventajas e inconvenientes; sin embargo, el que más se ajustaba a los intereses de los grupos que deseaban ocupar la Araucanía fue el de Gregorio Urrutia, comandante de zapadores, quien propuso establecer una «línea divisoria central», que separara en dos el territorio y la población indígena: los arribanos y abajinos. Partiendo de Angol, la línea seguiría hacia Adencul, en las cercanías de Traiguén, y luego a Temuco, punto que se consideraba clave para someter a los mapuche. Esa fue, más o menos, la dirección que siguió la ocupación de la región.

La discusión de los planes permite descubrir los intereses que estaban en juego. En 1868, Pedro Ruiz Aldea publicó en *El Ferrocarril* una serie de artículos que se reunieron luego en un volumen editado en Los Ángeles bajo el título de *Los araucanos i sus costumbres*, en los cuales resume una impresión que no se aparta mucho de la realidad.

¹⁸ Ambrosio LETELIER: *Informe sobre la Araucanía que pasa al Señor Ministro de Guerra*, Santiago, 28-12-1877. Imprenta Nacional, 1878, págs. 38-41. El entrecomillado en pág. 41. Sobre este punto véase, también, Arturo LEIVA: *El Primer Avance a la Araucanía, Angol, 1862*, Ediciones Universidad de la Frontera, 1984, págs. 134-145.

El deseo de ocupar las tierras indígenas y «exterminarlos por la fuerza de las armas o por otro medio innoble —decía Ruiz Aldea—, es lo que nos hace ser injusto con ellos». Lo único que cabe, agregaba más adelante, es estudiar sus costumbres para elegir el mejor plan, pero sin ánimo prevenido y prejuiciado, pues, si así se hace, aquél responderá más a las ambiciones de quienes lo formulan que a las condiciones de la región y sus pobladores.

Las denuncias respecto de los abusos cometidos contra los indígenas se siguieron formulando más adelante; sin embargo, también se siguió insistiendo en que el país no podía renunciar a la tarea de extender a la zona el progreso y los adelantos de la época. La confianza en el rol que podrían jugar los inmigrantes europeos y la necesidad de ofrecerles un espacio donde cobijarlos fue, por último, un planteamiento que no dejó de estar presente en el debate. En el fondo, se proponía terminar con los dos países que se creía existían en Chile, el civilizado y el bárbaro; y para eso nada parecía más aconsejable que el primero invadiera al segundo, extendiendo hasta aquellos territorios todos sus proyectos modernizadores. No importaba que éstos nada tuvieran que ver con los pobladores de la zona, ni con las particularidades de la región; lo único que contaba era ampliar la base territorial de Chile.

Quien mejor expuso estos planteamientos fue Benjamín Vicuña Mackenna; hombre de respetada opinión y consultado en varias oportunidades por las autoridades en materias relativas a estos asuntos. Siendo diputado, Vicuña tuvo oportunidad de exponer y discutir sus ideas en el Congreso. En un discurso que pronunció en 1868 decía que la historia había demostrado que el indio «no es sino un bruto indomable, enemigo de la civilización, porque sólo adora los vicios en que vive sumergido, la ociosidad, la embriaguez, la mentira, la traición y todo ese conjunto de abominaciones que constituyen la vida salvaje»¹⁹.

Es, pues, agregaba Vicuña Mackenna, asunto de honra y dignidad dar pronta solución a este problema y como frente a la grandeza que estaba alcanzando Chile, la Araucanía empequeñecía en territorio y población, como expresión del «asombroso decaimiento de la raza araucana», sólo cabía su ocupación, «es decir, su conquista»²⁰.

Basta ya de timideces, decía Vicuña Mackenna, aquí hay que llamar las cosas por su nombre y la única palabra que cabe es conquista²¹. Y reba-

¹⁹ Primer discurso sobre la pacificación de Arauco, 9-8-1868. En *Obras Completas* de B. VICUÑA M., vol. XII, Universidad de Chile, Santiago, 1939, págs. 391-411. La cita en págs. 407-406.

²⁰ *Id.* Los entrecorillados en págs. 410-411.

²¹ Segundo discurso, 11-8-1868. *Id.*, págs. 413-415.

tiendo los argumentos de diputados que se oponían al empleo de la fuerza, afirmaba que no se podía celebrar ningún pacto con sujetos pérfidos, mentirosos y amigos del fraude y la rapiña²². El rostro aplastado, signo de la barbarie y ferocidad del auca, concluyó Vicuña, denuncia la verdadera capacidad de una raza que no forma parte del pueblo chileno²³.

Tres años antes el propio Vicuña Mackenna había expresado su simpatía por la inmigración extranjera. La inmigración, decía en 1865, resuelve varios problemas a la vez: el del territorio, ocupando zonas que podrían interesar a nuestros vecinos; la carencia de técnicas modernas; el de nuestra organización y el problema de Arauco²⁴.

Ciertamente, el inmigrante extranjero era visto como un agente de progreso y de lo que se entendía en Santiago por civilización, tan escasa en el país, particularmente en la Araucanía.

Los salvajes, decía un militar de la época, «miran a la jente civilizada como un mortal enemigo de sus usos y costumbres» y con el silvo de las balas y el humo del cañón corresponde idear un plan que «facilite i persiga la conquista por medio de sociedad, paz y amistad». Para lograrlo recomendaba también estimular la inmigración europea²⁵.

«Hay en Europa —decía otro escritor— un número de poblaciones situadas al oriente del Rhin entre cuyos habitantes existe una “tendencia” instintiva, irresistible i en cierto modo conjenital a diseminarse, llevando al mundo entero su calma i su perseverante actividad. Parece que a pesar suyo obedecieran a una fuerza superior i providencial que les impele hacia cualquier parte donde la obra de la civilización reclama grandes esfuerzos, sacrificios prolongados, empleo extraordinario de fuerza moral i física i espíritu de sacrificio i resig-nación»²⁶.

²² Tercer discurso, 12-8-1868. *Id.*, págs. 417-424. La referencia en pág. 419.

²³ Cuarto discurso, 14-8-1868. *Id.*, págs. 425-435. La referencia en pág. 425.

²⁴ *Bases del informe presentado...*, pág. 13. Al expresar su admiración por los europeos, Vicuña Mackenna no hacía sino resumir un pensamiento bastante difundido en América durante el siglo XIX. En Argentina se pueden citar los testimonios de Esteban Echeverría y Juan Bautista Alberdi y en Perú a Juan Manuel del Mar. Además del conocido libro de Leopoldo ZEA sobre el Positivismo a México, conviene citar el trabajo de María Elena GONZÁLEZ, «Los intereses británicos y la política en Venezuela en las últimas décadas del siglo XIX», *Boletín Americanista*, n.º 30, Universidad de Barcelona, 1980, págs. 89-103; y, el de Pilar GARCÍA JORDÁN, «A propósito de “derechos inalienables”, religión, progreso, inmigración y libertad de cultos», *Boletín Americanista*, n.º 35, Universidad de Barcelona, 1985, págs. 115-136. La contrapartida de esta admiración estuvo en el menosprecio hacia el mundo indígena, común también en todo el continente.

²⁵ LUIS DE LA CUADRA: *Ocupación y civilización de Arauco*, Imprenta Chile, Santiago, 1870.

²⁶ JOAQUÍN VILLARINO: *Estudio sobre la colonización i emigración europea a Chile*, citado por L. DE LA CUADRA, *ob. cit.*, pág. 32.

Lo nuestro, concluía de la Cuadra, «es la civilización en campaña en los áridos desiertos del capricho i la ignorancia, para fecundizar i arrojar sobre su suelo abundantes semillas de conocimiento y cultura». Esto no es una guerra ²⁷.

Con o sin guerra, en la década del 60 los grupos que estaban conduciendo al país, tomaron la decisión de ocupar la Araucanía y de someter a su población, provocando cambios que alteraron un largo proceso histórico que se había iniciado a comienzos del siglo XVII. La región empezaba a cruzar el umbral hacia una nueva época: los años de la desintegración del espacio fronterizo y su anexión al territorio nacional.

Decidida la ocupación, ésta se llevó a cabo conforme a ciertos criterios que terminaron imponiéndose, a pesar de los desacuerdos que hubo entre quienes discutieron los procedimientos.

En primer lugar, se impuso la idea de encomendar esta tarea al ejército. Aunque la Guerra del Pacífico desplazó la fuerza militar hacia el norte, la invasión de la Araucanía fue encabezada por los militares. Así lo entendió el alto mando, la oficialidad y el país, que se informaba de los hechos a través de la prensa. En el lenguaje de la época, las expresiones para referirse al mapuche fueron las de enemigo y el movimiento de las tropas semejaba a las que se realizan en tiempos de guerra. En 1869 se llegó a hablar de «guerra de exterminio» y en 1881 de una sublevación generalizada que exigía el envío urgente de otros dos mil hombres desde Santiago ²⁸. Años antes, otro general daba cuenta de como mantenía agentes secretos entre los indígenas para estar al tanto de todos sus movimientos y dar los golpes más certeros ²⁹.

«Las dificultades con que se tropieza a cada paso en una guerra escepcional —decía el mismo general— hacen imposible terminarla en un corto espacio de tiempo, i justifican el sistema de privar a los indios de sus recursos, empleado por cuantos jefes ha habido en la frontera, como el único medio de traerlos a la paz (...)

Perseverando en la guerra de recursos, podrá alcanzarse una paz estable... Por otra parte, el carácter de los indios exige, para que la paz sea duradera, imponerles condiciones que sólo aceptarán cuando se

²⁷ Luis DE LA CUADRA, *ob. cit.*, pág. 52.

²⁸ José BENGUA: *Historia del pueblo mapuche*, Ediciones Sur, Santiago, 1985, págs. 208 y 276-277.

²⁹ Memoria del Jeneral en Jefe del Ejército de la Alta Frontera José Manuel Pinto al Señor Ministro de Guerra, Imprenta Nacional, Santiago, 1871.

vean reducidos a la impotencia, i tal vez formularlas en su estado actual, sería provocar de su parte una lucha larga i desesperada»³⁰.

Se había desatado la ocupación militar. En segundo lugar, hubo consenso respecto del papel que correspondía jugar a los inmigrantes europeos. En cierta medida, se podría decir que el proyecto ocupacional partía de la base de que los militares deberían ir abriendo el camino a los colonos europeos, cuyas virtudes permitirían introducir el progreso y la civilización. En realidad, se les miraba como agentes de cambio, capaces de reemplazar a los antiguos misioneros, cuya labor no se descartó, pero se apoyó con menos entusiasmo.

En estrecha relación con lo anterior, se consideró fundamental traspasar la propiedad indígena a manos de particulares que estuvieran en condiciones de explotarla conforme a los criterios que se manejaban en el Valle Central. Existía la firme convicción de que la constitución definitiva de la propiedad rural favorecería la inmigración y que esta sería una semilla segura sobre la cual se iría cimentando la ocupación de la Araucanía³¹. En 1875, el gobernador de Lebu, Hermógenes Pérez de Arce, señalaba al Ministro del Interior que consideraba el traspaso de los terrenos indígenas a particulares como una de las medidas de más grande importancia para conseguir la civilización de los mapuche³². Obviamente, no se trataba de traspasarlos a cualquier particular, sino de favorecer la instalación de colonos europeos, a quienes se atribuía las cualidades que hemos descrito en párrafos anteriores.

La idea era ir colocando en la retaguardia, detrás del ejército, a trabajadores que fueran arando la tierra. La conquista de la Araucanía, decía años más tarde un escritor en Temuco, fue obra del esfuerzo militar y del pobre labrador que llevaba el hacha desmontadora y «reducía en silencio al salvaje a las prácticas de la civilización»³³. La acción militar, la presencia del colono extranjero y el despojo de las tierras indígenas terminaron uniéndose en la propuesta ocupacional que se impuso en el siglo pasado.

En cuarto lugar, se pensó que otra manera de asegurar la ocupación con-

³⁰ Informe del general Pinto, 1869. Citado por Leandro NAVARRO: *Crónica Militar de la conquista i pacificación de la Araucanía desde 1859 hasta su completa incorporación al territorio nacional*, Tomo II, Imprenta y Encuadernación Lourdes, Santiago, 1909, págs. 67-68.

³¹ Oficio del Intendente Basilio Urrutia al Ministro de Relaciones Exteriores, Angol, 23-5-1874. En *Memoria del Ministerio de RR.EE. y Colonización*, Imprenta de la República, Santiago, 1874, págs. 882-892.

³² *Memoria del Ministro del Interior, 1875*, Imprenta Nacional, Santiago, 1875, págs. 198-216.

³³ «Nuestro Programa», *La Lealtad de Temuco*, n.º 1, 23-3-1891.

sistía en una amplia política fundacional, que «urbanizase» a la población. Aunque la ocupación de la Araucanía perseguía incorporar sus tierras a la agricultura chilena y, en consecuencia, se trataba de un proyecto básicamente rural, la fiebre fundacional hizo posible que entre 1862 y 1883 se establecieran veinte poblados en la zona. A pesar del proyecto económico que se quería consolidar, no cabe duda que los centros urbanos eran asociados a todos los beneficios de lo que se entendía por vida «civilizada». Entre el realismo y los sueños, los grupos dirigentes que estaban impulsando la ocupación caminaban casi como sonámbulos.

Por último, hubo también consenso en que se debían introducir los avances tecnológicos que la región requería para articularse al resto del país. No bastaba la simple ocupación, había que extender hasta su territorio los progresos del Chile que estaba más allá de sus fronteras y para lograrlo había que plantar postes de telégrafo, llevar a cabo obras de infraestructura que optimizaran la producción agrícola, y, sobre todo, instalar el ferrocarril.

2. LA FRONTERA EN TIEMPOS DE BALMACEDA

Cuando el ministro Balmaceda recorrió, en 1883, los campos de Angol y se detuvo frente al Malleco a discutir con los ingenieros la forma de salvar las dificultades que impedían el paso del ferrocarril, existía en Chile plena conciencia de que se habían dado pasos decisivos en la ocupación de la Araucanía.

«El país —decía el Presidente Domingo Santa María, en 1883—, ha visto con satisfacción resolver el secular problema de la reducción completa de la Araucanía. Este acontecimiento tan importante para nuestra vida política y social, y de tanta significación para el porvenir de la república, se ha llevado a término con felicidad y con costosos y dolorosos sacrificios. La Araucanía entera se halla hoy sometida más que al poder material, al poder moral y civilizador de la república y en estos momentos se levantan poblaciones importantes, destinadas a ser centros mercantiles e industriales, destinadas a ser centros mercantiles e industriales de mucha consideración en medio de selvas vírgenes y campiñas desconocidas, que eran hasta ayer el santuario impenetrable de la altivez e independencia araucanos»³⁴.

³⁴ Citado por Ricardo FERRANDO: *Y así nació la Frontera*, Editorial Antártica, Santiago, 1983, pág. 487.

Ese mismo año, con la fundación de Villarrica, había concluido la ocupación propiamente tal, sólo faltaba asegurarla y para eso el ferrocarril parecía imprescindible. Aunque Balmaceda tenía más confianza que nadie en su eficacia, en esto no hacía sino interpretar a muchos chilenos que creían que el ferrocarril era la mejor arma para someter a los mapuche e incorporar sus tierras al país. Los proyectos modernizadores que Chile quería imponer en la Araucanía encontrarían en locomotoras y vagones uno de sus principales aliados.

Con aquellos proyectos muchas cosas empezaban a cambiar en la Araucanía, no sólo las selvas vírgenes y la altivez del araucano, también una forma de vivir, entender el mundo, relacionarse con la tierra y hacerla producir. Sin duda, se trataba de un proceso doloroso, no sólo por las vidas que costaba, sino por el porvenir que esperaba al mapuche, víctima irremediable de la soberbia de un huinca incapaz de admitir una forma de vida diferente a la propia.

Probablemente, de esto no se dio cuenta Balmaceda cuando siete años más tarde proclamaba, de cara al viaducto del Malleco, que ya nada parecía imposible y que al fin el progreso se derramaría por los campos de Traiguén, Collipulli y Victoria. El viejo sueño de doblegar a los indígenas empezaba a hacerse realidad; no importaba su derrota, tampoco entregar sus tierras a hombres venidos desde muy lejos, mucho menos obligarlos a vivir como nunca antes lo habían hecho y exponer el suelo a un deterioro irreparable. Era el precio de una convicción: por la razón o la fuerza, Chile debía imponer su voluntad.

Sin embargo, la Frontera era mucho más que el ferrocarril y las ambiciones de quienes impulsaban su ocupación. Hacia 1890 era un mundo convulsionado y sacudido por los cambios.

El primer fenómeno que llama la atención es la violencia. No se trata ya de la resistencia indígena o de las acciones del ejército, sino de un bandolerismo que surge como expresión de los desajustes que se estaban produciendo en la región.

El carácter febril que tuvo la ocupación, las ansias desmedidas por conseguir tierras y los negocios fraudulentos que crecían al amparo de una autoridad todavía débil, desataron conductas que llenaban de terror a muchos pobladores. En palabras de Encina, la región se había convertido en un hervidero humano, saturado de buhoneros, aventureros, pleiteros, tintorillos y, entre ellos, bandidos que provocaban desolación³⁵.

³⁵ Francisco Antonio ENCINA: *Historia de Chile*, tomo XVIII, Editorial Nascimento, Santiago, 1951, págs. 262-263.

A este factor, generador de violencia, habría que agregar otros. La naturaleza de la Frontera seguía siendo pródiga. Selvas infranqueables recordaban los bosques de Sherwood y ríos que corrían en medio de una tierra feraz, animaban el ambiente. Las obras públicas y privadas ponían a prueba esa feracidad, con resultados tan alentadores que estimulaban hasta los más timoratos. Un escenario propicio para acicatear las ambiciones que no siempre se pueden satisfacer por medios honestos.

La justicia y los cuerpos encargados de velar por el orden poco o nada podían hacer para remediar esta situación. Al comienzo se pretendió combatir el bandolerismo por medio de cuerpos dependientes del Regimiento Húsares de la Frontera, con guarnición en Angol. Más tarde se creó un cuerpo de Policía Rural y un Servicio de Policía Urbana y, en 1896, el Cuerpo de Gendármenes de las Colonias, todos los cuales quedaron bajo las órdenes de Hernán Trizano. Sin embargo, los resultados fueron muy precarios, no sólo por las dificultades que tuvieron los cuerpos policiales para moverse en un territorio infestado de delincuentes, sino por las limitaciones de un organismo numéricamente pequeño, mal pagado y expuesto a caer en las mismas tentaciones que fomentaban las conductas que estaban combatiendo.

«La policía de ese tiempo —escribió un hombre de la época—, “pacos” como se les llamaba, eran una docena de seres andrajosos, sin uniforme, solamente reconocibles por su aire insolente y un quepí blanco, rojo, azul o negro. Su armamento consistía en un yatagán y un sable de caballería. Su sueldo era de 17 pesos al mes, que rara vez se les pagaba. Por esto ellos se buscaban la subsistencia por sus propios medios. Cuando uno se retrasaba en la noche al volver a su casa, debía preparar el revolver y cambiar de acera cuando divisaba un policía»³⁶.

La justicia y otras autoridades de gobierno tampoco estaban en mejores condiciones. Sus fallos siempre sembraban dudas y dejaban la sensación de proceder exactamente al revés de lo que sugería el sentido común. En 1897, lugareños de las inmediaciones de Temuco, indígenas en su mayoría, preferían someterse a los dictámenes de un empleado de ferrocarril que someterse a las sentencias de la justicia. El extranjero de marras dirimía los pleitos inspirado en un almanaque, a ese extremo llegaban las cosas³⁷.

³⁶ Gustave VERNIORY: *Diez años en Araucanía, 1889-1899*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1975, pág. 353.

³⁷ *Id.*, pág. 456.

La inseguridad reinaba en la Frontera. Los asaltos ocurrían con excesiva frecuencia y la prensa no se cansaba de denunciar los crímenes que cometían los bandoleros y cuatrerros que rondaban por todas partes. «En Lautaro siempre lo de siempre —decía en 1890 un corresponsal de *El Colono* de Angol—, es decir, robos y salteos que dan lugar a una larga cadena de crímenes»³⁸. La Araucanía se incorporaba al país con una fuerte dosis de violencia. Era la puerta de entrada a la civilización del huinca del siglo XIX.

En las ciudades y villorrios la vida también era agitada. Sobresalían Angol, verdadero emporio fronterizo, Traiguén y Victoria, antes que Temuco se convirtiera en la gran ciudad de la región. Gustave Verniory dejó de Victoria una interesante descripción, muy propia de los centros urbanos que nacían en la Frontera.

«Su emplazamiento —escribió el ingeniero belga—, estaba en plena selva. Se ven en las calles y en las plazas vestigios bajo la forma de enormes troncos de árboles cortados a un metro del suelo».

«Como monumentos se pueden señalar: la casa del subdelegado o alcalde, quien tiene una tienda de zinc con mucha clientela, la del capitán de policía, delante de la cual montan guardia dos centinelas a caballo, sable en mano, fumando cigarrillos; la habitación del señor Letrange, un francés ingeniero del servicio de colonización. Es un chalet de madera, de aspecto muy agradable, de dos pisos, lujo desconocido a muchas leguas a la redonda, lo que hace que los victorienses estén muy orgullosos de él».

«El viajero puede, además, admirar la gran plaza, inmensa planicie que recorren continuamente jinetes europeos, chilenos, indios, lo que le da una gran animación y un aspecto muy pintoresco. Es en esta plaza donde se encuentran el Gran Hotel Alemán, y la principal tienda o almacén, la Casa Francesa, cuyo propietario es un vasco, Pedro Tihista».

«Se puede dar la vuelta a la ciudad por las avenidas exteriores donde no hay todavía ninguna construcción, pero que tienen la particularidad de estar plantadas de árboles enormes sobre una anchura de varias leguas».

«El plano de la ciudad está recortado por una serie de calles paralelas y otras perpendiculares, en "cuadras", es decir, bloques cuadrados de cien metros por lado, cada uno dividido en ocho "sitios" o parcelas de 25 m por 50 m. Se dan gratuitamente, con la obligación de cerrarlos con tablas y de construir sus casas en un tiempo determinado».

³⁸ *El Colono* de Angol, n.º 952, 1-10-1890.

«El suelo de las calles es el terreno natural. Como en invierno las calzadas se convierten en verdaderos pantanos, se las ha bordeado de aceras elevadas de tierra apisonada, mantenidas por estacas profundamente enterradas en el suelo y revestidas de una pared de tablas. Especies de diques de tierra atraviesan aquí y allá la calzada, para permitir la pasada de una acera a otra durante la estación lluviosa. La población es cosmopolita. Se oye hablar en español, francés, alemán, inglés, italiano, irlandés, ruso, todas las lenguas imaginables»³⁹.

La extensa descripción anterior nos ahorra comentarios acerca del aspecto material de las ciudades fronterizas, pero, hay un detalle que marca el carácter que éstas adquirieron y que tal vez conservan todavía. Cuando Verniory se refirió a las lenguas que escuchaba se refirió a una serie de idiomas y excluyó al mapudungun. El detalle no es irrelevante, Victoria está en plena Araucanía, con miles de mapuche viviendo a su alrededor. ¿Qué estaba pasando?

Sin duda, las ciudades no fueron concebidas para la población indígena. Eso mismo les dio una configuración muy particular: se podría hablar de verdaderos enclaves en medio de una zona agrícola que estaba produciendo enorme riqueza. En esto, la historia de la Araucanía no es tan distinta a la del norte del país. Allí los centros urbanos también surgieron como enclaves en medio del desierto. En ambos casos sólo sirvieron para extraer riqueza y acumular pobreza.

Esta impresión se confirma al revisar la prensa regional. El avisaje de *El Colono* de Angol y *La Conquista* de Temuco, demuestran que ambas ciudades eran el centro de operaciones de numerosos agentes de compañías internacionales interesadas en participar de los beneficios que proporcionaba la zona. Ambas eran vistas como el motor del progreso, la civilización y descritas como lugares que poco tenían que ver con el resto de la región.

Temuco, escribía un colaborador de *La Conquista*, en 1887, ubicado ayer en el «último baluarte de los indómitos hijos de Caupolicán i Lautaro (es) hoi centro de progreso i civilización»⁴⁰; y un redactor de *La Igualdad*, periódico que también circuló en Temuco en 1892, describía en esencia lo que era la ciudad: un centro comercial en el cual no se miraba más que el lucro⁴¹.

El carácter que adquirieron los centros urbanos los hizo compatibles

³⁹ VERNIORY, *ob. cit.*, págs. 89-90.

⁴⁰ *La Conquista*, n.º 26, 10-11-1887.

⁴¹ *La Igualdad*, n.º 2, 27-3-1892.

con el proyecto agrícola que inspiró la ocupación de la Araucanía. Más bien, los hizo complementarios, desmintiendo en la práctica el discurso de quienes aplaudían su florecimiento como testimonio de progreso y civilización. En realidad, consolidaban la ocupación, pues se transformaron en el mecanismo más apropiado para articular la economía regional con la economía nacional y mundial. Surgieron como bisagras que conectaban espacios, encarnando no la civilización, como se decía insistentemente, sino los apetitos de quienes no querían quedar al margen del nuevo negocio. La idea era transformar al indígena en campesino, incorporándolo como mano de obra a la propiedad agrícola que se estaba constituyendo y reservar la ciudad para quienes asumían la responsabilidad de conducir los destinos de la región, relacionándola con el mundo exterior, del cual se hacía cada vez más dependiente. Sin duda, el sonámbulo que se movía entre los sueños y la realidad, de día tenía los ojos bien abiertos y los sentidos en todos sus cabales.

La vida rural aglutinaba lo que otro escritor de la época llamó tres razas: el indígena, el chileno y el inmigrante europeo ⁴².

Para el primero, el tiempo de Balmaceda fue letal. A la derrota militar, siguió la pérdida de sus tierras, el deterioro de las que conservaron y la ruina de una vieja forma de vivir. La reducción fue para ellos signo de muerte, la otra muerte, aquélla que no llegó por las balas del soldado, sino a través de los dictámenes de la autoridad que los obligó a «reducirse» en su propia tierra. El mapuche, señala un historiador de nuestros días, fue víctima de la peor tutela, aquella de un país dependiente, que no había salido bien parado de la Colonia y que caía, a los pocos años, bajo el dominio económico de Inglaterra. Esa dependencia le impedía hacerse cargo y asimilar su conquista; sólo le quedaba destruir a una sociedad indígena, cuya identidad étnica y cultural se degradará rápidamente por una proletarización en la misma Frontera o un éxodo no compensado ⁴³.

A fines del siglo XIX los mapuche sumaban unas cien mil personas. Todos quedaron sometidos a ley del 20 de enero de 1883 que creó la Comisión Radicadora de Indígenas, encargada de distribuir las tierras que el gobierno les asignó ⁴⁴. Eran tierras sobrantes, porque desde hacía varios años éstas se habían convertido en el centro de las disputas por parte de quienes venían llegando desde el norte o desde Europa.

⁴² Isidoro ERRÁZURIZ: *Tres razas*, Imprenta La Patria, Valparaíso, 1892.

⁴³ Jean-Pierre BLANCPAIN: «Le Chili républicain et la fin de la frontière araucane». En *Revue Historique*, vol. CCLII, n.º 1, París, 1989.

⁴⁴ José BENGÓA y Eduardo VALENZUELA: *Economía mapuche*, PAS, Santiago, s/f, págs. 48-51.

El robo, las compras fraudulentas y los remates indiscriminados terminaron cercando al mapuche. Algunos fueron obligados a abandonar el suelo. Perseguidos y acosados durante la ocupación, se les quería obligar a una vida errante y, en lo posible, a desplazarse hacia otros lugares para dejar libres sus tierras.

Éstas entran también en un creciente proceso de deterioro. La tala de bosques, la introducción del patrón productivo cerealero, la imposición de una agricultura extractiva y el sobre pastoreo, empezó a destruir y agotar el suelo. El futuro no podía ser más incierto.

Los mapuche presentían su destino. A comienzos de siglo, Mangin escuchaba en silencio la voz de sus aliados: los chilenos, les replicaba, son pobres y te robarán tus tierras y Kilapán los aborrecía porque querían hacer pueblos, «para acorralarnos como vacas»⁴⁵. Más tarde, el testimonio de Pedro Kayupi, cacique de Collinco, refleja los mismos sentimientos.

«El recuerdo de los nombres i hechos de nuestros antepasados —decía en 1902— se ha perdido en la memoria de los hombres de la reducción, pero sabemos que siempre vivieron en estos lugares».

«Son terrenos de lomas feraces, con abundante pasto de primavera, vegas de verano i bosques».

«Nuestros mayores tenían donde recoger muchos frutos silvestres, donde criar sus animales i hacer las pequeñas siembras que antes se usaban».

«Como está Collinco tan cerca del mar, viajaban a la costa a buscar pescado para secar, luche, cochayuyo i conchas para varios usos».

...

«Yo tomé parte en el levantamiento de 1881, cuando se sublevaron todas las reducciones, desde Llaima hasta Bajo Imperial i desde Cholchol hasta Toltén por la fundación de los pueblos».

«Teníamos razón en sublevaros, porque se nos iba a quitar nuestros terrenos».

«Así ha sucedido. Yo apenas tengo donde vivir. Inútilmente he reclamado»⁴⁶.

Nuestros mayores disponían de terrenos sobrantes para criar wekes, vacas y ovejas, reclamaba otro mapuche. Después nos remataron las tierras y nos dejaron apretados en tan pocas hectáreas hasta que tuvimos que

⁴⁵ Tomás GUEVARA: *Las últimas familias y costumbres araucanas*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1912, págs. 277 y 284.

⁴⁶ *Id.*, págs. 415-416.

hacernos sembradores. El gobierno nada hace por nosotros; nos vamos concluyendo⁴⁷. Era la muerte anunciada por indígenas que querían seguir luchando.

Pascual Coña vivió y relató los sucesos de aquellos años. Desde la ocupación, su vida se convirtió en una verdadera tragedia. Primero fue el incendio de su ruca; después, el abandono de su mujer; por último, los pleitos y abusos de los medieros que llegaron a instalarse en sus tierras. «Ojalá pudiera morir ahora, decía en su vejez, para no ver nada más de toda esta miseria,... ¿Qué he hecho yo, pobre hombre, para tener que sufrir tanto?... Si pudiera morir, ¡qué bueno sería!»⁴⁸.

El epílogo de Pascual Coña fue el epílogo de un pueblo que en el siglo XX tuvo que readecuar su vida y luchar por sobrevivir con las mismas armas que usó el huinca para dominarlo: la educación, la política y la ocupación de las tierras. Su lucha es la expresión del derecho a la vida, esa vida que la sociedad chilena les negó en los tiempos de Balmaceda.

El chileno que llegó a la Frontera tuvo un destino incierto. Algunos amasaron grandes fortunas; otros, no pudieron vencer la pobreza. Postergados frente al colono extranjero, pasaron a constituir la mano de obra barata que producía la riqueza que otros acumulaban. Hoy, escribía un cronista de *El Colono*, en 1890, el peso del trabajo sigue gravitando en los trabajadores chilenos, cuyas voces de protesta ya se dejan oír por la iniquidad que cometen los que hacen venir desde tan lejos a quienes vendrán a disputarle sus ocupaciones⁴⁹.

Los remates de tierras también fueron motivo de quejas, no sólo porque las arrebataban al indígena, sino porque las concentraban en muy pocas manos. En 1892 *La Igualdad* de Temuco denunciaba al desencanto de más de tres mil campesinos que acudieron a rematar tierras fiscales, sin conseguir un solo pedazo, por la acción de banqueros y millonarios que levantaron artificialmente los precios. El gobierno, decía el autor de la nota, ha cometido una verdadera farsa, dejando al pueblo sólo el inquilinaje eterno, el hambre y la miseria. Los vecinos de Malleco y Cautín que disputaron este suelo a la barbarie, que estuvieron expuestos al bandalaje, han quedado sin nada⁵⁰. Dos factores obran en contra del proletariado, agregaba el redactor: la avaricia de los ricos y la ninguna protección del gobierno⁵¹.

⁴⁷ *Id.*, págs. 427-428.

⁴⁸ Pascual COÑA: *Testimonio de un cacique*, Pehuén Editores, Santiago, 1984, págs. 456-458.

⁴⁹ «Empresa que ya es tiempo abandonar», n.º 951, 30-9-1890.

⁵⁰ «La fiebre de remates», n.º 13, 26-6-1891.

⁵¹ *La Igualdad*, n.º 14, 29-10-1892.

Hoy existe en la zona, escribía otro colaborador de un periódico de Temuco, la miseria más espantosa, no sólo en el trabajador al día, sino también entre los artesanos, pequeños industriales y empleados. «La ola se encrespa y se levanta rugiente, la catástrofe se avecina...». El pueblo quiere soluciones ⁵².

La prensa relacionaba la miseria con los brotes de violencia que acontecían en la zona.

«La prensa narra diariamente —escribía un cronista de *El Colono*, en 1894— multitud de hechos criminosos que espeluznan, cuyos móviles son siempre el robo o la venganza. Al aterrador desarrollo del bandalaje de 1876, respondieron nuestros legisladores con los azotes, ¿qué nueva pena inventarán ahora para reprimir los delitos sin reformar al delincuente? Se quiere que nuestros labradores y mineros hagan florecer la agricultura y la industria, y se les niega un pedazo de tierra, se les somete al duro yugo del inquilinaje que eso no es sino la esclavitud disfrazada. El suelo que nuestros campesinos riegan con sus sudores, jamás pertenecerá a ellos, sino a los opulentos magnates que de la propiedad pública han formado y están formando extensos señoríos... he ahí el origen del bandolerismo de los campos, cuya ferocidad se explica fácilmente en el significado social que tiene esta lucha eterna del proletariado contra el rico» ⁵³.

Acosados por la miseria, los pobladores se exponían también a ser víctimas del alcohol, cuyo consumo estimulaban los destiladores de Cautín y Valdivia. «Es este veneno, escribía otro colaborador de *La Conquista*, en 1887, el que ha diezariado ya a la población indígena de la Araucanía i el que atesta nuestra cárceles de bandoleros i hace ya insuficiente nuestro asilo de enajenados». Los que han vivido en las regiones del sur, agregaba el articulista, saben el mal que causa. Exterminados los indígenas, en breve caerán los colonos chilenos ⁵⁴.

El reverso de la medalla lo constituían los hombres de fortuna que habían consolidado posiciones en la zona o amasado grandes fortunas. Un simple aviso de *El Colono* permite tener una idea de éstas. Bajo el título de

⁵² *La Cruz del Sur*, de Temuco, n.º 3, 18-8-1895.

⁵³ *El Colono* de Angol, 25. 8-1894. Citado por Edith LOBOS y Teresa MARTÍNEZ: «Antecedentes para un estudio histórico y bibliográfico de la XIX Región. El bandidaje, una alteración en el desarrollo histórico de los primeros años de la Frontera», Seminario para optar al Título de Profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica, Universidad de Chile, Sede Temuco, 1976.

⁵⁴ «El impuesto sobre los alcoholes i los peligros del alcoholismo», n.º 24, 27-10-1887. Este artículo fue escrito en Santiago por B. Dávila Larraín y reproducido por *La Conquista*.

«Buen negocio para los agricultores», se ofrecía a la venta, en septiembre de 1890, el fundo Santa María, ubicado a 7 kilómetros de la estación de ferrocarriles que se construía en Victoria. La propiedad tenía 25 mil hectáreas para crianza, cultivo de trigo y demás cereales. Contaba con un canal para regar 200, motor a vapor, máquina de aserrar, trilladora, útiles de fragua y habitaciones. Se ofrecía entregarlo con 10 mil tablas aserradas, a un precio de un millón 250 mil pesos, una verdadera fortuna para la época.

En tiempos de Balmaceda, la riqueza y la pobreza se daban la mano en la Frontera. Pronto, este conflicto sería abordado por los hombres de la época, abriendo espacio a las utopías que han cruzado nuestra historia en el siglo XX y a soluciones más prácticas que han adoptado los hombres de acción. Padre Las Casas, el caserío que se fundó en la ribera sur del Cautín, frente a Temuco, resume un tanto esta historia. Ya tendremos ocasión de analizarlo.

Los colonos europeos también tuvieron una suerte dispar. A ninguno cabía responsabilidad en las consideraciones que les brindaba el gobierno, aunque se beneficiaran de ellas; en cierta medida, no eran más que una pieza en el engranaje de la economía mundial del siglo XIX, uno de cuyos capítulos, todavía no bien estudiado, fue el comercio de hombres.

El punto de partida de éste, en lo que a la inmigración europea se refiere, estaba en la convicción que tenían los gobernantes americanos de que la población era escasa y que el europeo poseía, como ya lo hemos dicho, capacidades especiales para regenerar la raza iberoamericana. A veces lo primero, en otras lo segundo, lo cierto es que ambas apreciaciones constituían el telón de fondo de un proceso inmigratorio que se vio favorecido por la miseria que existía en Europa.

El comercio de hombres fue un negocio muy rentable para empresarios, armadores y promotores europeos y americanos que se instalaron en el Viejo Mundo para enrolar trabajadores. Los propios gobiernos enviaban emisarios que estudiaban en el terreno las condiciones de las operaciones y los contratos que se debían celebrar. Chile envió en 1868 a Javier L. de Zañartu, cuyo testimonio permite formarse una idea del asunto.

Zañartu se trasladó a París en 1867 con expresas instrucciones del gobierno de promover la competencia entre las casas dispuestas a proporcionar colonos, imprimir folletos para entusiasmar a los inmigrantes y tratar de conseguir, en el mismo orden, ingleses, belgas, alemanes y franceses, con la única condición de que su moralidad y conducta correspondieran a lo que el país necesitaba⁵⁵.

⁵⁵ Javier L. DE ZAÑARTU: *Colonización de Chile en Europa*, Imprenta de la República, Santiago, 1869, pág. 4.

Antes de llegar a París, Zañartu pasó por Estados Unidos, desde donde escribió al gobierno dando cuenta de las condiciones favorables que allí existían para conseguir irlandeses que no encontraban colocación en ese país. Sólo en 1867, decía Zañartu, han llegado 270 mil y su traslado a Chile se vería facilitado por el tráfico de barcos que venían sin carga a buscar guano al Perú⁵⁶.

Ya en París, el comisionado chileno inició su gestión dirigiendo correspondencia, según propia declaración, a 200 casas en Alemania, 200 en Francia y Bélgica, 200 en Inglaterra e Irlanda y 200 en Italia y Suiza, tratando de estimular, tal como le habían recomendado, la competencia entre ellas. Hay esperanzas, decía en sus informes, que los resultados sean muy buenos por la situación de Europa⁵⁷.

Días más tarde reconocía que el negocio era más complejo. En carta que escribía el 29 de mayo señalaba haberse dado cuenta que las casas armadoras cumplían un rol diferente a las casas de inmigración. Las primeras sólo trasladaban a los colonos; las segundas eran las encargadas de conseguirlos. Algunas tenían una amplia experiencia. Hilario Ascasubi e Hijos se dedicaba al negocio desde hacía 7 años, habiendo «remitido millares de emigrantes» al Brasil y Río de la Plata. Decía no tener inconvenientes en mandar a Chile 5 mil familias, con un total de 25 mil personas. Los entendidos recomendaban colocarlos por nacionalidades, con el objeto de evitar conflictos y disputas⁵⁸.

A todo esto, en Chile se había establecido una verdadera escala de preferencia, ponderando las ventajas y desventajas de unos y otros. La mayoría coincidía en que los alemanes eran los mejores. Una comisión de gobierno que estudió el asunto, señaló que considerado «el hombre como carácter (y) como individuo», el alemán pertenecía a una raza especial⁵⁹. Era el único resuelto a formar su nueva patria en el lugar a donde iba, era idóneo para las labores fuertes y no era súbdito de esas soberbias o fantásticas potencias marítimas que por cada uno de sus ciudadanos mandan un cañón como expresión de desprecio. «El alemán es, pues, el emigrante menos peligroso para nuestra debilidad»⁶⁰.

Venían luego los italianos (lombardos y piemonteses) y los suizos, ambos por provenir de países con una topografía semejante a la nuestra.

⁵⁶ *Id.*, págs. 4-5.

⁵⁷ *Id.*, págs. 6-8.

⁵⁸ *Id.*, págs. 8-21.

⁵⁹ B. VICUÑA M.: *Bases del informe presentado...*, pág. 14.

⁶⁰ *Id.*, págs. 26-27.

Los vascos, belgas, ingleses, escocés e irlandeses formaban un tercer grupo que ofrecía algunos reparos, particularmente los ingleses, de quienes se decía que no emigraban, sino viajaban. Los peores eran los franceses: nunca estaban en un sitio, siempre eran aves de paso. Los españoles cerraban la clasificación, a enorme distancia de los anteriores. No en vano se les hacía responsable de las lacras que se querían corregir con el aporte de los otros inmigrantes⁶¹.

Poblar es civilizar había dicho Juan Bautista Alberdi y eso mismo repetía Isidoro Errázuriz en 1864⁶². Bajo este lema todos estaban de acuerdo en favorecer la venida de inmigrantes criados en el culto de la sobriedad. Obviamente, los hombres y mujeres que se embarcaban en Europa con destino a nuestro continente, estaban al margen de esas consideraciones; eran campesinos pobres y artesanos que sólo trataban de escapar de la miseria en las lejanas tierras de América.

Las condiciones en que venían permitió a no pocos salir de la pobreza y consolidar expectantes posiciones en la Araucanía y en el país. Sin embargo, la vida era dura, de mucho esfuerzo y de nostalgia cuando se recordaba la patria lejana.

«Yo salí de Suiza en 1883 —confesaba un colono instalado en las cercanías de Traiguén en 1887—, y en marzo de 1884 tomé posesión de mi terreno. Estaba decidido a desplegar la mayor energía, pues se bien que no se puede tener éxito en otras condiciones. Pero me han sucedido desgracias tras desgracias; me han robado constantemente. Había preparado cerca de cuatro mil adobes para edificar esta casa. Una noche me robaron las tablas que los protegía de la lluvia y los perdí todos. Por eso mi construcción se retrasó una estación. Había comprado sesenta francos de papas que quería sembrar, me las robaron en el campo así como también las hortalizas. Dentro de la casa me robaron, estando yo ausente. Más tarde un par de bueyes. Luego tocó el turno a mis dos caballos que había pagado ocho días antes... Por segunda vez me robaron mis papas y hortalizas, a pesar de la activa vigilancia que yo ejercía. Lo mismo sucedió con algunas tablas que me había prestado un vecino. Y no le hablo de la madera que me cortaron en el bosque. En suma, de esta suerte he perdido más de doscientos pesos (mil francos) y esto me tiene muy desanimado.»

⁶¹ *Id.*, págs. 35-42.

⁶² Errázuriz expuso sus ideas en un artículo titulado «Poblar es civilizar», publicado en *La Patria*, el 19-1-1864.

«Me han sucedido otras calamidades... Pedí una niña de tres años y medio que nosotros habíamos cuidado durante mucho tiempo... Algún tiempo después la administración nos retiró esta niña, pues una dama chilena deseaba adoptarla. Me quitaron la vaca que me habían dado y también el ternero que yo había tenido de la vaca... Ya lo ve usted; sólo he tenido contratiempos y más contratiempos.»

...

«Desde mi infancia he tenido que ocuparme [en mi país] en la casa, sin poder proseguir mis estudios como lo habría deseado. Al morir mi padre, manejaba yo sólo los negocios y emprendí diversas obras para mejorar mi posición. Tenía razones para estar muy contento de mi suerte, cuando en 1883 un rayo cayó sobre mi casa, la que se incendió por completo. Fue entonces cuando se presentó la colonización de Chile; tuve la oportunidad de hablar de eso con un compatriota que había estado en Valparaíso; liquidé todo y partí.»

«... Chile es sin duda un país de porvenir. El terreno es excelente, todo se da de maravilla y yo habría tenido éxito como los demás, si no hubiera sido por los robos de que fui víctima. El que quiere trabajar puede ciertamente conseguir el objetivo de sus ambiciones. En cuanto a mí, si yo hubiera adivinado lo que me esperaba, habría sin duda renunciado a la idea de emigrar, pues la vida del colono tiene en verdad sus dificultades. ¡Hay que ver lo que es el invierno en esta región! Con las lluvias torrenciales los caminos se hacen intransitables, el viento sopla con una violencia de la que no se tiene idea —y esto de día y de noche, sin interrupción. ¡Cuántas veces, en tales momentos, no he echado de menos al país, las buenas veladas pasadas en familia, nuestras casas confortables y sólidas! Las ganancias no lo son todo, hay otras necesidades en la vida aparte del dinero. Lo comprendo mejor ahora.»⁶³

Lo que sentía este colono suizo de Angol, debieron sentirlo también los otros protagonistas del viejo mundo fronterizo que se derrumbaba por aquellos años: el antiguo misionero, el soldado de la frontera, el capitán de amigos, el conchavador, el viejo maloquero, el lenguaraz y el úlmén que se movía entre el mundo del huinca y del mapuche estaban como él al final de un camino que se vieron forzados a recorrer.

⁶³ Las declaraciones corresponden al colono suizo de la Colonia de Traiguén, Sr. Rathgeb. En Francisco GRIN: *Las colonias suizas de la Araucanía*, GEA, Santiago, 1987, págs. 167-169.

3. ESTALLA LA REVOLUCIÓN

Las muestras de simpatía que recibió Balmaceda cuando recorrió la zona en la primavera de 1890, no fueron fingidas. En la Araucanía la mayoría era balmacedista y por muchas razones.

En primer lugar, la ocupación había sido hecha por el ejército y éste, que se mantuvo leal al Presidente, aún tenía fuerte presencia en la zona. En segundo lugar, el ferrocarril había sido su gran ilusión y el impulso que le dio en la Frontera tienen que haberle granjeado la sincera gratitud de quienes veían en éste un camino de progreso. Por último, los colonos extranjeros sabían del apoyo que les estaba dando el gobierno y el gobierno era Balmaceda. Salvo los mapuche, casi todo el mundo tenía motivos para estar con él. La rebelión contra el Presidente no prendió, o prendió menos que en otras partes. Había descontento, pero, más fuerte era la adhesión a su persona.

La situación política se pone tensa, escribía Verniory en 1890, vamos a la dictadura. Circulan los rumores más inquietantes, agregaba más adelante: la flota habría desembarcado en Lebu, Lota y en Imperial Bajo, y es el sur el que estaría llamado a ser el teatro de la guerra. En Temuco la alarma es mayor. El coronel Alberto Gándara, que acababa de asumir como intendente, se esforzaba en calmar a la población. En Lautaro se toman precauciones. Fuera de los bandidos que infestan los alrededores, había que tener en cuenta a los obreros del ferrocarril, que comenzaban a agitarse. Había que reclutar gente y de eso se encargan los agentes del gobierno. La gente rehusa, pero se logra al fin armar los batallones. Al principio no se podía proporcionar uniformes completos a los nuevos reclutas, nada había más divertido, cuenta Verniory, que verlos andrajosos, con un kepis en la cabeza, un sable al costado o un fusil al hombro. Sin embargo, el roto chileno recupera muy pronto sus derechos y en muy poco tiempo, concluye el ingeniero belga, llegan a ser excelentes soldados.

Los oficiales se reclutan entre los caballeros y profesionales, que ascienden rápidamente en la jerarquía militar. Los cargos no eran despreciables, pues se habían doblado los sueldos y las indemnizaciones por entrar en campaña⁶⁴.

Después de la agitación de enero, «ha vuelto la calma a la región del sur», escribía Verniory en febrero del 91. «Estamos casi sin noticias de lo que pasa en el norte. Recibimos los diarios gubernamentales; los únicos

⁶⁴ VERNIORY, *ob. cit.*, págs. 155-166.

que aparecen todavía; pero no informan nada. De creerlos, la tranquilidad más completa reina en Santiago (...). Naturalmente las conversaciones giran sobre la revolución; [pero] las noticias son escasas y el interés comienza a calmarse (...). Muchos opositores notables han juzgado prudente huir y esconderse en las haciendas; los que quedan, están forzados a guardar silencio»⁶⁵.

En marzo las cosas se veían con más claridad. «Las noticias de la revolución, dice Verniory, nos llegan por verdaderos retazos y son malas para el gobierno (...). Las provincias del extremo norte están perdidas para Balmaceda». Mientras tanto, en Lautaro se seguía viviendo apaciblemente, la Tesorería de Temuco pagaba con regularidad los sueldos y la Pascua de Resurrección se celebraba como en los mejores tiempos, con ramadas, cantos, bailes y un vino que corría generoso⁶⁶.

El gobierno, a pesar de todos los contratiempos, decidía continuar la construcción del ferrocarril de Victoria a Temuco y eso parecía signo de tranquilidad. El invierno, particularmente lluvioso, provocó desbordes de los ríos y fuertes inundaciones en los campos. Aquello parecía preocupar más que la suerte de Balmaceda. El intendente Gándara se había hecho, además, muy popular y eso contribuía a apaciguar los ánimos.

En agosto los hechos se precipitaron. De día en día, escribe Verniory, llegan del norte las noticias más alarmantes y el 4 de septiembre la población de Victoria y Traiguén se subleva, saqueando y quemando algunas casas⁶⁷. La revolución había llegado a la Frontera.

Inútiles resultaron los esfuerzos de los balmacedistas por contener los focos insurgentes en la región. En marzo del 91 habían logrado fundar en Temuco un periódico bisemanal destinado a defender la obra del Presidente. Vivimos días de tenaz lucha por contener la anarquía y el desborde de las mezquinas pasiones que amenazan al país, anunciaban en el primer número⁶⁸. Si triunfa la revolución, agregaban más adelante, la Frontera volverá a los tiempos de la barbarie y se convertirá de nuevo en la guarida de los forajidos; con Balmaceda, florecerá el comercio, se desarrollará la industria, prosperarán las artes, progresará la educación y el sur se poblará de gente inteligente y trabajadora⁶⁹.

Sin embargo, la derrota de Balmaceda no significó cambio alguno para

⁶⁵ *Id.*, págs. 175-177.

⁶⁶ *Id.*, págs. 178-179.

⁶⁷ *Id.*, págs. 199.

⁶⁸ «Nuestro Programa». *La Lealtad* de Temuco, n.º 14, 23-3-1891.

⁶⁹ «Realidad de los hechos». *La Lealtad*, 7-6-1891.

la región. Al calor de los hechos, los hombres que estaban con él no se daban cuenta de que el proceso que estaba culminando en aquellos años se había iniciado mucho antes y que, desde el comienzo, se anunció irreversible. El 91 se dirimieron otras cosas en Chile, la suerte de la Araucanía se había decidido con bastante anticipación.

4. EL BALANCE FINAL

No se podría decir que el país haya hecho, a fines del siglo pasado, un balance de su gestión en la Araucanía durante los últimos 30 o 40 años; sin embargo, una serie de juicios que se formularon dejan la sensación de que se intentó una revisión que no se caracterizó por el optimismo.

El primer punto crítico lo constituyó la colonización extranjera. Vista con extraordinario entusiasmo en las décadas del 50, 60 y 70, a partir de los 80 fue examinada con mucha severidad. Y no faltaron los motivos.

En primer lugar, numerosos colonos vendieron sus tierras, abandonaron el campo y se radicaron en las ciudades, desvirtuando completamente el propósito por el cual se les había traído. En segundo lugar, varios se enriquecieron más allá de lo previsto, en desmedro de colonos nacionales, cuya suerte se veía muy desmejorada. Por último, no pocos señalaron que los inmigrantes que vinieron no eran los más apropiados para los fines que se perseguían.

Los hombres de la época transmiten una sensación de injusticia cuya reparación no admite postergación. La colonización nacional, decía un colaborador de *La Lealtad*, en 1891, es la única que conviene. Los extranjeros que hemos recibido no son los que necesitamos; los buenos artesanos se quedaron en Santiago; a la zona sólo llegaron inmigrantes que deben ser auxiliados por el gobierno y brazos chilenos que cultivan la tierra⁷⁰.

Años antes, en 1887, se había formulado otra quemante acusación. El fracaso que se atribuía a la colonización interna por los magros resultados de una colonia nacional instalada en Malleco, era una farsa. La Colonia no había sido más que una carnada inocente que se puso a los indios para que se entretuviesen y no molestaran con sus asaltos y robos a los ricos propietarios de Renaico, Bureo y Bío Bío. ¿Cómo se quiere que el infeliz colono chileno ponga a raya a las tribus araucanas, si no se le brinda apoyo en una lucha que lleva ya más de tres siglos? Por el contrario, decía el

⁷⁰ «Colonización nacional». *La Lealtad*, 10-5-1891.

articulista, a los colonos extranjeros se les ubica en zonas ya controladas, garantizadas por el imperio de nuestras leyes y con plenas facilidades para el cultivo. Prefiriendo a los inmigrantes, concluía el autor del artículo, «estamos insensiblemente perdiendo la vitalidad de nuestra raza i colonizando con chilenos una gran parte de la República Argentina»⁷¹.

Al levantar su voz en defensa de la vitalidad de nuestra raza, el colaborador de *La Conquista* aludía, en la última parte de su artículo, a un problema denunciado mucho antes: la emigración de trabajadores chilenos a la Argentina, Perú y Bolivia, provocada por las penosas condiciones del trabajador chileno. «Nuestros peones se van, había dicho un agricultor 30 años antes, porque en las haciendas donde los ocupan, los mantienen mal, los pagan más mal i los tratan peor»⁷².

En la Araucanía nada se hacía para remediar esta situación. Es necesario ver la triste situación de los chilenos en comparación con los extranjeros, protestaba un periódico de Traiguén en 1890. Mientras los nuestros «vagan por los campos i villorrios en busca de un pedazo de terreno que les sirva de teatro para ejercitar sus aspiraciones de trabajo, éstos [los extranjeros], dilatan su vista sobre sus dominios». No puede existir un trato más discriminatorio⁷³.

Chile necesita ser poblado y para eso deseamos el concurso extranjero, proclamaba otro periódico de la zona; pero, debemos reconocer que nuestros obreros son buenos e inteligentes. Sólo así constituiremos y aumentaremos nuestra nacionalidad⁷⁴.

Por esos mismo años *El Colono Nacional*, periódico que se publicaba en Nueva Imperial, hacía fervientes llamados para proteger a los colonos chilenos. En un comentario aparecido el 2 de enero de 1908, denunciaba la actitud de los colonos extranjeros que se habían beneficiado en los remates de tierras. Luego de obtener grandes propiedades y formidables riquezas, decía el comentarista, emigraron a otros lugares o constituyeron «una nueva aristocracia, que con humos de gran señora ha venido a humillar y abatir más a los hijos del país». Mientras el gobierno chileno traía 6.998

⁷¹ «Colaboración». *La Conquista* de Temuco, n.º 31, 15-12-1887. El desencanto que provocó la inmigración europea y la reivindicación del chileno ha sido destacada con anterioridad por J. P. Blancpain en el artículo antes citado, pág. 103 y siguientes.

⁷² Citado por Luis DE LA CUADRA: *Necesidad de la emigración europea a Chile*, Imprenta Chilena, Santiago, 1872, pág. 67.

⁷³ «Protestamos». Editorial de *El Traiguén*, reproducido por *El Colono* de Angol, n.º 960, 10-10-1890.

⁷⁴ «Problemas del país. Inmigración y Colonización». *El Progreso* de Nueva Imperial, n.º 135, 8-3-1908.

colonos extranjeros, concluía el autor del artículo, más de 40 mil chilenos tuvieron que emigrar a Neuquén, convirtiendo esa región en un emporio de riqueza⁷⁵.

En vista que el gobierno da preferencia a los colonos extranjeros, decía otro colaborador del periódico, los chilenos en caravanas interminables están emigrando a la Argentina y, cosa curiosa, también emigran los extranjeros que trajo el gobierno⁷⁶. Este mismo colaborador denunciaba las especulaciones y abusos de los empresarios encargados de colocar a los colonos en los territorios que fijaba el gobierno. Refiriéndose a los canarios y aragoneses instalados en las inmediaciones del lago Budi, decía que éste «se había convertido en una verdadera cárcel para estos infelices»⁷⁷.

Los ojos con que se miraba la emigración europea y la colonización en la Araucanía no eran los mismos de mediados de siglo. Atrás había quedado la ilusión de remediar los males de Chile con el aporte de la nueva sabiduría que regeneraría la raza. Nuestros despertares han sido bruscos; éste pudo haber sido uno de ellos.

Otro asunto que no pasó inadvertido para los hombres de la época fue la distancia que empezaba a producirse en la Frontera entre la riqueza y la pobreza; más bien, entre los ricos y los pobres.

Cuando se inició el debate acerca de la ocupación de la Araucanía, ésta parecía contener dos mundos: el de la civilización, representada por los pocos chilenos instalados en la región, y el de la barbarie, que corría por cuenta del mapuche. A esa bipolaridad se agregaría, más tarde, la riqueza y la pobreza.

Así como la reducción fue la solución para superar el primer conflicto, pronto se encontraría otra que evitara que la pobreza estorbara a la riqueza. Había que brindarle un lugar propio, tal como se había hecho con «la barbarie».

La riqueza terminó concentrándose en los espacios urbanos. Aunque se producía en las áreas rurales, los hombres de fortuna se fueron a las ciudades. Allí estaban los agentes de las grandes casas comerciales, los bancos, los teatros, la entretención para la gente «cultura», los hoteles elegantes, las autoridades y la prensa que recogía la opinión de las personas influyentes.

Temuco es esencialmente comercial, escribía un articulista en un texto ya citado; aquí no se mira más que el lucro y destacó los rasgos de Temuco para contrastarlo con Padre Las Casas, el poblado que crecía en la ribera sur

⁷⁵ «El problema territorial», n.º 2, 12-1-1908.

⁷⁶ «Emigran». *El Colono Nacional*, n.º 3, 19-1-1908.

⁷⁷ «La transacción del fisco con la empresa colonizadora del Budi», n.º 6, 9-2-1908.

del Cautín. Lo primero que se preguntaba era si convenía o no que existiera ese caserío, porque, pensándolo bien, era una amenaza para la ciudad. Sus pobladores eran gente pobre, cuyas vidas había que ordenar y regular para evitar que se convirtiera en un foco del crimen o en un peligro para Temuco⁷⁸.

La sociedad regional ya no se dividía sólo entre bárbaros y civilizados, había surgido una sociedad popular formada por «chilenos civilizados» y «chilenos indígenas», entre los cuales no había mucha diferencia. Los primeros, decía otro autor de comienzos de siglo, se entretienen con la bebida y el juego, van a los circos y al biógrafo y sus crímenes son el abigeato y las riñas⁷⁹. Salvo ligeras diferencias, eran casi como los mapuche, un peligro para el orden, la tranquilidad y el bienestar de los hombres de trabajo que se habían enriquecido en la región.

Había que controlarlos. Para eso se organiza la policía y se norma la vida en la ciudad. A ésta se la debe mantener aseada, iluminada y, sobre todo, protegida de los peligros⁸⁰. Los que no se ajusten a esas normas, debían ser confinados a un espacio propio: en el caso de Temuco, a Padre Las Casas.

Especie de «reducción» de la miseria, Padre Las Casas cumplía el rol de albergar a quienes estaban de más en la ciudad. Al final, terminaba siendo la antítesis del espíritu ciudadano, del esfuerzo, el tesón y la sobriedad que algunos le atribuían a las ciudades que estaban naciendo en la Frontera.

Al otro lado del Cautín, decía Francisco Javier Ovalle, existe otra población que la gente llama Villa Alegre, por encontrarse en ella las fondas, las gentes alegres y las personas de la clase popular que dan forma a un barrio modesto, diferente al de la clase dirigente⁸¹.

La propia clase dirigente había participado en su fundación. El domingo 12 de abril de 1891, *La Lealtad* de Temuco, daba cuenta de la inauguración de los trabajos, en una ceremonia en la que intervino el Intendente, don Alberto Gándara, y los señores Fridolín Neumann y Federico Dreves, en representación de los vecinos más progresistas de la ciudad. Desde luego, los pasos siguientes fueron alinear las calles, repartir equitativamente los

⁷⁸ *La Igualdad* de Temuco, n.º 2, 27-3-1892.

⁷⁹ Francisco Javier OVALLE: *Chile en la región austral*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1911, págs. 133-144.

⁸⁰ Véase los bandos que se publican en la prensa. A modo de ejemplo, los que aparecen en el n.º 26 de *la Conquista*, 10-11-1887.

⁸¹ *Ob. cit.*, pág. 141.

solares y, sobre todo, poner orden. En el fondo, se trataba de traspasar a la Villa Alegre los mismos patrones de Temuco. Era una forma de controlar a sus pobladores.

La miseria, que ya se notaba en muchos chilenos que llegaron a la Frontera, atraídos por el embrujo de la riqueza, abrió espacio no sólo a Padre Las Casas y a todas las villas alegres de la zona, sino también a las utopías que tanta fuerza alcanzarían en el siglo xx.

Los proyectos de redención popular no estuvieron ausentes en la Araucanía. Desde los proyectos que ponían énfasis en la adecuada distribución de la tierra, hasta los programas más radicales que proclamaban la comuna popular como una alternativa de gobierno, los discursos reivindicativos no dejaron de plantear otras soluciones que permitieran al pueblo superar la miseria.

La educación fue una alternativa que jamás se desechó. En 1892 *La Igualdad* aplaudía la fundación de una escuela nocturna en Temuco y la creación de una biblioteca popular⁸². Al año siguiente, reconocía que por fin habían germinado las ideas de Bilbao. El pueblo, decía en el número 62, no nació para ser esclavo. Por eso busca la libertad, la democracia y la educación en igualdad de condiciones. Su voz ya empieza a ser escuchada⁸³.

En 1908, *El Colono Nacional* daba cuenta, en términos desgarradores, de la masacre de la Escuela Santa María de Iquique. Silva Renard, decía el 1 de enero de ese año, fusiló al pueblo «de una manera bárbaramente inhumana»⁸⁴. Meses más tarde, reproducía un artículo de Malaquías Concha, en el cual llamaba a conquistar el poder comunal para resolver los problemas más agobiantes de los trabajadores: la falta de habitación, la higiene e insuficiencia alimenticia, el alcoholismo, la provisión de agua potable y varios más que exigían urgente solución⁸⁵.

Al problema indígena, se agregaba ahora el de la miseria. La ocupación había generado otro conflicto que no se consideró cuando el país sacaba alegres cuentas respecto de los beneficios que procuraría la incorporación de la Araucanía.

Hubo, por último, otro asunto con el cual queremos cerrar este trabajo: la mirada al indígena.

⁸² *La Igualdad*, n.º 29, 29-10-1892.

⁸³ Corresponde al ejemplar del 26-6-1893.

⁸⁴ Corresponde al 1er. número del periódico.

⁸⁵ *El Colono Nacional*, n.º 18, 24-5-1908. El artículo de Concha continuó en los números 19 (31-5-1908) y 20 (14-6-1908).

A mediados de siglo no toda la sociedad chilena miró con desprecio al mapuche. Ya hemos dicho que hubo voces disidentes que se expresaron con toda nitidez en la *Revista Católica*, en la Universidad y en la Cámara de Diputados. Cincuenta años más tarde empezaría a elaborarse un discurso pro indigenista que cobraría fuerza más adelante. Primero, será formulado por los misioneros bávaros, más tarde, por Tomás Guevara y Ricardo Latcham y, más cerca de nosotros, por Alejandro Lipschutz. Entre éstos, un drama patriótico-histórico-fantástico resume, hacia 1892, una percepción novedosa que no se había expresado hasta entonces con tanta claridad. Se trata de la obra de Jorge Klickmann, *La ciudad encantada de Chile*.

La trama ocurre en una ciudad imaginaria, Lauquén, ubicada en una isla del lago Villarrica, a comienzos del siglo XVI. Uno de los personajes, Mareguano, úlmén de la ciudad encantada, encara a Tulcomara, indio de la zona del Maule. Su discurso es sorprendente: enrostra a Tulcomara el carácter de la civilización del blanco. Es un mero convencionalismo, le dice. A nosotros nos tratan de salvajes, pero así nos mantenemos robustos, alegres, sanos, longevos y leales. No necesitamos más civilización que la que tenemos, «el huinca empero necesita una civilización especial en provecho de la insaciabilidad de sus aspiraciones»⁸⁶.

Después de Balmaceda, las cosas se empezaban a mirar de manera muy diferente. El país también había cambiado. El boom agrícola se evapora, la devaluación del papel moneda testimonia una crisis muy severa, se restringe el crédito y suben las tarifas ferroviarias. El viejo modelo que había inspirado la ocupación se resiente en sus bases más profundas, emerge la crisis social y se trastorna la vida en Chile.

La ocupación de la Araucanía fue la «última hazaña» de un país que, al cabo de unos años, tuvo que reorientar su historia. Tarde o temprano esa zona iba a caer bajo el «ímpetu civilizador» de la República. El etnocentrismo del huinca no admitía otra alternativa. El problema fue que se produjo justo cuando se intentó consolidar un modelo que se derrumbó al concluir el proceso que había inspirado la invasión de las tierras mapuche.

Balmaceda no pudo torcer la historia de Chile y de la Araucanía. Tampoco su derrota tuvo el impacto que imaginaron sus partidarios. Las cosas

⁸⁶ La obra de Klickman fue publicada por la Librería Universal, Valparaíso, 1892. La cita en pág. 19. La reivindicación del indígena ocurrió también en varios países del continente. Comentarios muy interesantes en esta materia se pueden encontrar en la Tesis Doctoral de Marta IRUROZQUI: «Poder y Elites en Bolivia. Bases de Dominación y mecanismos de reproducción», Departamento de Historia de América, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense, Madrid, 1992.

ya se habían decidido antes de que asumiera el poder y se desatara el conflicto del 91.

Al margen de su voluntad, en tiempos de su gobierno, y sin que él tuviera mayor responsabilidad, terminaba un largo capítulo de la historia regional. Se extinguía el viejo espacio fronterizo que se había constituido en el siglo XVII y empezaba la etapa de su «desintegración» y articulación a un mundo que no se podía dar el lujo de mantener espacios como ése.

Por eso el tiempo de Balmaceda fue un tiempo de muerte. Muerte para el mapuche, muerte para los otros protagonistas del mundo fronterizo, muerte para los sueños y utopías del chileno del siglo XX, muerte para un suelo que no soporta la deforestación y los patrones de cultivo del huinca, muerte para Balmaceda. Allí, aquella mañana de primavera, cuando acudió a inaugurar el viaducto del Malleco, tal vez con cierta soberbia, enterró sus últimas ilusiones de hombre y gobernante. Su tiempo también había terminado. Estaba, como toda la gente de la vieja Frontera, al final del camino.